

Las exigencias de los confesores inquietó tan angustiosamente a la sociedad indiana que hubo intención, estudia Gabriel Guarda²², de llevar la cuestión al Concilio de Trento

por salir de escrúpulo los conquistadores hicieron pedir perdón universal a todos los indios por lo que les habían agravado... Que, pues el mismo escrúpulo y mayor corría por el Emperador Carlos y los Reyes Católicos que comenzaron aquella conquista es de creer harían alguna diligencia con que descargarse y salir de él: la cual podría ayudar a todos los conquistadores para su sosiego²³.

Las respuestas a estas inquietudes, remordimientos y amenazas espirituales fueron inmediatas. Y pueden seguirse e, incluso, cuantificarse en cada ciudad hispanoamericana. Los protocolos notariales recogen, en unos alcances aún no totalmente estudiados, centenas de testamentos de conquistadores —«expresión de una preocupación ética jamás conocida hasta entonces»²⁴— en donde éstos ceden cuantiosas limosnas para hospitales, conventos y otros fines religiosos, a fin de desvanecer escrúpulos. Un final infeliz en la caballeresca biografía del conquistador.

²² Gabriel GUARDA, *Los laicos en la cristianización de América*, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1973, pág. 226.

²³ Carta del P. Juan de Bustamante, Sevilla, 1563, al Secretario General de la Compañía de Jesús. Cita tomada de GUARDA, *idem*, *ibidem*.

²⁴ Guillermo LOHMANN VILLENA, «La restitución por conquistadores y encomenderos: un aspecto de la incidencia lascasiana en el Perú», *Anuario de Estudios Americanos*, vol. XVI, Sevilla, 1966.

RAICES PENINSULARES Y ASENTAMIENTO INDIANO: LOS HOMBRES DE LAS FRONTERAS

GUILLERMO CÉSPEDES DEL CASTILLO

Hace un año, aproximadamente, comenzó la edición de una historia de la llamada América Latina en ocho volúmenes, que está publicando la editorial universitaria de la Universidad de Cambridge. La historia dedica 150 páginas a la situación de América en vísperas de la llegada de los europeos y luego unas ocho páginas mal contadas a los precedentes europeos de la historia americana a partir de 1492. No cito esto como modelo de organización de material histórico, pero sí me parece significativo en cuanto a síntomas del enorme arraigo que, entre los especialistas de hoy, tiene la idea de que 1492 es en la historia de América una fecha absolutamente central: de que desde entonces empieza una historia de América y hasta entonces ha durado una historia de América completamente distinta. De hecho, la Cambridge University Press, para justificar la ausencia de la América aborígena en el libro, dice que la editorial está proyectando una historia de los pueblos aborígenes de América que tendrá otra porción de tomos.

No cabe duda de que a partir de 1492 hay cincuenta, sesenta años que suponen el cambio más drástico, más profundo y más revolucionario que se ha podido dar en la historia de América; pero no cabe duda también que los hombres que fueron a hacer esa conquista no se dejaron la piel en el camino. Llegaron desde Europa y llegaron con la mentalidad europea de su época y de alguna manera trataron de seguir viviendo y actuando igual que en su lugar de origen. En definitiva, en esta época de la conquista de América, entre 1493 y

X aproximadamente 1550, ¿qué es lo más importante? (Lo que esa época tiene de continuidad, de medieval, en sus raíces europeas o lo que tiene de innovación, de modernidad en su proyección hacia el futuro?) Responder a esta pregunta, que es lo que de alguna manera trataría de hacer, no me parece que sea un esfuerzo puramente bizantino, un problema de nombres o de conceptos. Tampoco me parece una cuestión baladí.

1. AMÉRICA, LA NUEVA FRONTERA

Si América es un principio, si 1492 en la historia de América es un principio, nuestra interpretación de la historia de América va a ser muy distinta a la interpretación que tendríamos si consideramos la época de la conquista como una fase fundamentalmente medieval. Esta época de la conquista puede calificarse como *la nueva frontera*. Frontera en su concepto de espacio geográfico en el que un pueblo en expansión toma contacto con otro u otros pueblos de culturas muy distintas a las del primero. Geográficamente la frontera es ese espacio; y en cuanto a su desarrollo histórico la frontera significa, más o menos, toda esa serie de contactos culturales e interinfluencias culturales que se desarrollan entre esos pueblos en presencia unos de otros. Esta frontera es nueva. La he llamado nueva por dos razones fundamentales:

1.ª (Se trata de un mundo físico diferente.) La frontera medieval europea se desarrolla en un ámbito geográfico mediterráneo, donde los ríos son ríos y no cosas gigantescas; donde las montañas tienen unas alturas moderadas y donde el paisaje es relativamente pequeño, familiar. Los hombres mediterráneos sentían ese paisaje a la medida de sí mismos. En contraposición a esta Europa mediterránea, la América que van a encontrar los conquistadores es desmesurada, es inmensa. Ríos que parecen océanos, árboles de alturas increíbles. Todo es enorme y esta diferencia de escala en el mundo físico es, por supuesto, una enorme novedad. Por otra parte, en este mundo físico nuevo y desmesurado existe una humanidad también distinta y desconocida. Si de repente uno de nosotros apareciese por arte de magia, en cualquier lugar de Europa, en el siglo XI, probablemente no se llevaría mayor sorpresa, ni quienes le vieran se llevarían mayor sorpresa que la de conquistadores y aborígenes americanos se llevaron al encontrarse los unos a los otros. Gentes evidentemente de la misma especie biológica, seres humanos todos, pero seres humanos con conceptos completamente distintos de la vida y de las cosas. Esta humanidad americana nueva hace nueva la frontera de ultramar.

2.ª Hay también una novedad que afecta a los propios conquistadores y a los propios emigrantes de Castilla. De alguna manera creo que la expresó con el mínimo absoluto de palabras un conquistador que —en un contexto que no hace al caso— dijo una vez: *Dios está en el cielo, el Rey está en Castilla y yo estoy aquí*. La vida en la Europa medieval ha estado siempre presidida por determinadas instituciones, por determinados principios, por determinadas clases o grupos sociales, y los hombres de la frontera se van a encontrar en un paisaje nuevo, frente a una humanidad nueva y distinta, también con un papel nuevo. La frontera medieval entre el mundo musulmán y el cristiano estuvo presidida en su actuación fundamentalmente por el rey, la monarquía, con el grupo social de la nobleza que son quienes presiden y dan carácter a la empresa fronteriza; que son quienes inventan ese, hermoso por otra parte, mito de la reconquista; que son quienes recogen de algún modo y adaptan la idea musulmana de guerra santa y todo esto plasma ese otro bello mito de la cruzada; y, en fin, clero y nobleza, cruzada y reconquista, van a presidir toda la actuación de los hombres de la frontera frente a los musulmanes. Pues bien, Dios está en el cielo, el rey está en Castilla y en la nueva frontera están ellos solos: los conquistadores. No se ha subrayado, me parece, suficientemente lo que esto tiene de moderno y revolucionario. Unos hombres que han dependido de todo un esquema institucional e ideológico y que de repente empiezan a actuar por sí mismos, sin que exista allí ninguna de las instituciones que tradicionalmente los preside, ni ninguna de las estructuraciones sociales que les han hecho sentirse subordinados, dependientes, protegidos en su vida diaria durante siglos. El rey no participa físicamente en la conquista del nuevo mundo, pero incluso como autoridad queda muy lejos. El clero se transplantará por supuesto al nuevo mundo, pero en estas primeras décadas brilla por su pequeño número y por su insignificancia, no ha tenido tiempo de desarrollarse. En cambio, allí están el hidalgo pobre, el hombre del pueblo, el campesino que movidos por la ambición, movidos por el afán de ir a valer más, han cruzado el Atlántico y van a empezar a vivir y a actuar en la nueva frontera.

Todos estos son factores que efectivamente hacen esta frontera americana nueva. Ahora, no creo que debamos exagerar su novedad como lo hace la historia de la Cambridge University —y como, en general, tendemos a hacer todos los historiadores. Muchas veces, nuestra especialización profesional se vuelca en una concepción y una periodización de la historia que realmente son trasuntos de nuestra preparación, de nuestra especialización, pero no tienen mucha base real. Los historiadores españoles estamos divididos, y cada vez más, en una serie de grupos: los prehistoriadores, los especialistas en An-

tigua, en Media, en Moderna, en Contemporánea y luego, allá, como en Triana, al otro lado del río, los Americanistas, que a su vez nos dividimos en arqueólogos, historiadores de la época colonial, expertos de distintos pelajes en diferentes aspectos de la historia de América y así sucesivamente. Y claro, la tribu de los americanistas nos preocupamos de América, y eso de lo medieval es de los medievalistas. Esto nos pasa en España y pasa en todos los países. Y el resultado es que historiográficamente aparece una especie de sima, muro, telón de acero entre la Edad Media y el mundo americano que en realidad no existió. Es un muro historiográfico que creamos hoy con nuestra ignorancia de la parcela anterior, pero no existió tal muro en la historia, sino que hubo una completa y total continuidad y una clarísima filiación.

El peligro de creer a la frontera demasiado nueva es que, si la consideramos nueva y diferente a la europea, entonces resulta que la época de la conquista es el principio de una América que duró hasta el siglo XVIII, en algunos casos hasta el XIX, pero que no pasó del proceso de descolonización que siguió a la Segunda Guerra Mundial (técnicamente todavía puede quedar alguna colonia en América, pero la descolonización ya es un hecho). Si consideramos esta frontera nueva, la Conquista nos parece la primera etapa en un proceso que tiene después de la Conquista la creación del primer imperio colonial moderno: las Indias de Castilla y el Brasil portugués. Esto es una creación histórica a partir, más o menos, de 1550 hasta fines de siglo o principios del XVII. Este primer imperio colonial moderno no es ya la frontera ni tiene esencialmente nada que ver con ella. Otra vez, como en la España medieval, los autores de este imperio van a ser el clero y la monarquía, y los conquistadores van a quedar completamente arrinconados y prácticamente olvidados en este nuevo conjunto. Este primer imperio colonial moderno que es el castellano y, en otra medida y con otra estructura, el portugués, tampoco tiene mucho que ver con lo que en América ocurre después: el imperialismo europeo, y no europeo-mediterráneo, sino europeo anglosajón, germánico, flamenco y hasta con toques escandinavos. Esto es otra América que empieza en el siglo XVII y que, a partir del XVIII, se desarrolla con mucha rapidez.

La continuidad histórica de estas tres Américas diferentes: de los conquistadores, de los reinos de las Indias, del imperialismo europeo moderno, hace jugar a los conquistadores un papel falso: el de pioneros o iniciadores de esta etapa de imperialismo europeo sobre América, etapa de la expansión europea por todo el mundo que ha durado hasta prácticamente este siglo. Por ponerlo en muy pocas palabras, yo diría que estas tres fases en la historia de América son radical-

mente distintas. El conquistador, si lo consideramos como protagonista de la primera fase hasta 1550, es, ante todo, un poblador. Lo que este hombre quiere después de luchar y conquistar es instalarse, criar cosas, crear vida, fundar ciudades, vivir. Vivir con la mentalidad y las ideas de un hombre medieval. En la etapa de los reinos de Indias, creados por la monarquía absoluta con la estrechísima e influyente colaboración del clero, yo diría que las aspiraciones de estos creadores se pueden expresar con una palabra; la palabra no sería el afán de poblar que caracteriza a los conquistadores, es el afán de poder: el organizar, institucionalizar, crear una monarquía nueva, mucho más grande, mucho más poderosa y mucho más activa y eficiente que la monarquía tradicional de la Edad Media. En cambio, esta tercera América, la de los capitalistas (que comienza con la presencia holandesa en el Brasil del Norte, Curaçao y en otras islas del Caribe) se inicia con el contrabando de esclavos negros a la América española, con la colonización y el desarrollo de los primeros cultivos de cosechas tropicales, sobre todo azúcar, inicialmente en las pequeñas Antillas. Esta Europa no aspira a poblar, no aspira a crear un poder, aspira a explotar económicamente los recursos naturales y, por supuesto, todo lo que encuentre.

2. LA AMÉRICA DE LOS CONQUISTADORES

Por eso, la América de los conquistadores, con su afán poblador, es —a mi juicio— una América medieval en sus formas de vida, en sus aspiraciones y en su conducta. La América de los Reinos de Indias es una América moderna, en el sentido de que la monarquía absoluta se desarrolla plenamente y se erige esa constelación política que en tiempos de Felipe II se llamó la Monarquía Universal Española, especie de federación de una serie de reinos muy distintos y muy heterogéneos, donde no se ponía el sol, etc. Y la tercera etapa, la de los holandeses, la del comercio, es la etapa de la explotación económica. Es la etapa del capitalismo europeo, capitalismo comercial, avanzado y maduro, que empieza sin preocupación alguna por poblar o por organizar políticamente, empieza a tratar de envolver el mundo en una red de tráfico y comercios. Se inicia entonces, con esa Europa del Norte, lo que en sentido estricto y propio es el imperialismo europeo con todo su carácter capitalista y explotador.

Hacer del conquistador el precedente de este capitalismo del siglo XVII o XVIII es, sencillamente, proyectar sobre el pasado una serie de ideas y de cosas de un pasado más próximo que en el siglo XVIII era todavía presente, si admitimos que los conquistadores

no cambiaron al atravesar el Atlántico, pues no cabe duda que estos conquistadores llevaron con ellos su mundo cultural: completamente medieval. Y en este mundo destaca, como rasgo de primera importancia, la intensa y larga experiencia que todos los peninsulares que fueron a América habían tenido de la vida de frontera. Esas zonas más o menos extensas que eran el límite entre el Islam y la cristiandad y que en la medida en que a América se refiere responde sobre todo a la historia medieval castellana.

Castilla misma se forjó entre el año 791 y el 907, prácticamente en un siglo de incesantes ataques musulmanes que Castilla logró repeler (a veces uno se asombra de que lo lograra); en esa lucha incesante contra el Islam es en la que Castilla se forja históricamente. Desde entonces hasta 1492 y después, Castilla no deja de hacer lo que hizo en toda la Edad Media: poblar. Empezando por aquella zona de la cuenca del Duero que los musulmanes, después de dominarla, dejaron convertida, deliberadamente, en un desierto, un desierto protector de su frontera norte. Allí empezaron montañeses, gallegos, castellanos a crear ciudades, a sembrar campos, a pastorear ganados. En definitiva, a poblar, a convertir un desierto en zona habitada. Esta Castilla, después y muy pronto, empezó a reconquistar y repoblar tierras ocupadas por los musulmanes, a partir de la conquista de Toledo y de otras ciudades de la cuenca del Tajo. Zonas con una población rural relativamente densa, con ciudades relativamente importantes que Castilla va adquiriendo unas veces por tratados diplomáticos, pero casi siempre por conquista y que los castellanos repueblan, en ocasiones expulsándola, pero en definitiva repoblando después de las conquistas.

Otra experiencia de Castilla es la ganadería trashumante que llevaba los rebaños castellanos hasta los mismos límites del Andalus musulmán. Zonas de la Mancha, zonas vacías, abandonadas, concejos de cuencas de otras provincias enviaban sus ganados con escoltas militares, naturalmente, a que pastoreen en las épocas en que no tenían pasto en sus tierras de origen.

Y, aparte de esas actividades más o menos creadoras, otras actividades típicas de la frontera, fundamentalmente destructoras. Con el nombre de *algaras*, *correduras*, cabalgadas, se realizan a un lado y a otro de la frontera (porque las organizan los cristianos y las organizan los musulmanes); una serie de expediciones pequeñas y rápidas, agresivas, que actúan por sorpresa y que se hacen a territorio enemigo para, según dicen *Las Partidas*, «correr la tierra y robar lo que haya dentro». El objeto está perfectamente claro: es hacerle daño al infiel y llevarse lo que se pueda, toda riqueza susceptible

de ser transportado o toda riqueza semoviente: ganados, prisioneros, botín de un carácter o de otro.

Esta es la experiencia de vida de frontera de Castilla, que es lo bastante duradera a lo largo de siglos y lo bastante lenta para que la vida de frontera se convierta en una forma de existencia y en una forma de conducta. La historia de los reinos cristianos de España y la historia de la España musulmana, no es comprensible sin este sector intermedio de la frontera donde musulmanes y cristianos pueden volcar, cuando los tienen, sus excedentes de población; donde musulmanes y cristianos encuentran oportunidades de muchas cosas: poblar tierras desocupadas, robar ganado, obtener botín, crear vida. Lo que sea, pero siempre sobre la base del riesgo. Quien va a la frontera se abre muchas posibilidades, pero se juega la vida.

La actividad de la frontera es una actividad llena de peligros y caracterizada por él. Es una forma de vida que la expresión latina confirma: «con una mano mantenía la azada y con otra la espada», viene a decir. El campesino cultiva, pero tiene que estar dispuesto a defenderse de la próxima algarada de los musulmanes o de los cristianos. En definitiva, la vida en la frontera es oportunidad, es esperanza, pero es también peligro. Los siervos de la gleba que abandonaron las tierras de Galicia o de la montaña y se fueron a las tierras del Duero pudieron obtener tierras vacantes; en vez de campesinos que cultivaban como siervos tierras de otros, pudieron tener las suyas, pero desde que empezaron a cultivarlas tuvieron que defenderlas y jugarse la vida en ello.

La frontera, con todos sus peligros, ofrece casi todo, por lo menos como esperanza y como ilusión: tierras para quien no las tiene, riqueza para el pobre, promoción social para el humilde y el siervo que en la frontera se convierte en hombre libre que se avecina en un pueblo, ciudad, villa y como tal ciudadano de ese asentamiento tiene unos fueros, unos privilegios, unos derechos políticos. Ir a la frontera es arriesgarse, pero es ir siempre a más o perecer en la demanda. Es en esa frontera donde va a surgir el arquetipo popular del hombre que se hace a sí mismo con su esfuerzo que es honrado con arreglo a sus propias concepciones, que es fiel a sus principios; ese Cid Campeador que cristaliza como mito y pocos años después de que uno de sus inspiradores concluyese su vida. La rapidez con que se forja como mito literario y vital la figura del Cid Campeador es, en definitiva, la prueba de lo popular que fue la frontera.

En la frontera, por supuesto, se originan también o, mejor dicho, la frontera sirve de inspiración, aunque allí no se originen mitos que en su origen no son ya nada populares: la idea de la Cruzada, la idea de la lucha contra el infiel, de la expansión —por defini-

ción— de la única verdadera religión que tiene que ser predicada a todos los hombres. En la frontera se inspira la idea de reconquista. Una idea perfectamente lógica en cuanto que los hispanos de raíces romanas fueron invadidos por unos extranjeros, los árabes, los berberiscos, una serie de gentes del Norte de África, y ellos tienden a *reconquistar*, a *rehacer* la civilización cristiana y la unidad territorial peninsular que estos invasores destruyeron. Piénsese que el Norte de África era una dependencia de la Hispania romana, o sea, la idea de reconquista no se limita a los territorios de la península, sino a los territorios adyacentes que fueron parte integrante de la Hispania romana.

Aunque los hombres de la nueva frontera no hayan sido los inventores de la idea de Cruzada y Reconquista, sin embargo, son depositarios de ellas. Ellos han visto que los protagonistas de la Cruzada se han erigido en el grupo social dominante: el poderosísimo clero de los reinos cristianos. Han visto que los adalides de la Reconquista, los nobles, se han erigido en grupo social hegemónico alrededor del monarca. Es decir, la frontera como escenario físico de la santificación de la vida humana en el sentido de volverla cristiana cuando no lo es y de la dignificación de las estructuras políticas, aunque las circunstancias cambien, le dan al hombre de la nueva frontera una clara comprensión y una absoluta fe en lo que estas ideas de Cruzada y reconquista suponen.

Lo característico en la historia de las fronteras es que siempre se acaban. El pueblo que avanza termina por imponerse en la frontera y cuando esa zona está dominada se ha establecido una única autoridad política, etc. Se ha impuesto uno de los pueblos sobre los demás que, o se adaptan y se someten o huyen. La frontera ha terminado.

Una frontera de tanta duración como la castellana tiene, por las formas de vida que genera, una acusadísima tendencia a reaparecer en alguna parte. La frontera prácticamente se termina en la península cuando sólo queda el reino musulmán de Granada y, por supuesto, después de 1492.

La frontera ya se ha abierto hace siglos en el mar, en el Mediterráneo. Todo lo que en la terminología de hoy se llama piratería (de cristianos contra musulmanes, de musulmanes contra cristianos) es una forma de contacto fronterizo y de lucha fronteriza sobre el mar. Aquí no se discuten territorios, se discuten puertos, tráfico y comercios. Cuando esa frontera está todavía viva, porque durará hasta bastante avanzada la Edad Moderna, ya aparece la frontera en el Norte de África desde comienzos del siglo xv y sobre todo desde la conquista de Ceuta (1415) por los portugueses, que, como

son los primeros de los reinos cristianos de la península en acabar su reconquista, son los primeros en comenzarla al otro lado del estrecho. Las fuentes son muy claras y explícitas. Aparte de los objetivos estratégicos, políticos y económicos de la conquista de Ceuta, las fuentes dicen con mucha claridad que Ceuta fue atacada y conquistada para proporcionarle a la nobleza portuguesa una tarea digna de su pasado y de su esfuerzo.

Algo equivalente a la conquista de Ceuta para los portugueses es la conquista de Canarias para los castellanos. En las Canarias se hace otra frontera con todas las características de la frontera medieval: expediciones de puro saqueo, muchas veces la única riqueza que encuentran son los esclavos guanches que pueden capturar y luego vender en distintas ciudades portuarias del Mediterráneo occidental y central. Al mismo tiempo, y ésta es la novedad de la frontera canaria y un hecho muy significativo, estos guanches ya no son (como los que antes se han encontrado en tierras peninsulares o en la frontera del Norte de África) infieles que han conocido la religión verdadera de Cristo y la han rechazado y combatido. No. Estos canarios y guanches son paganos que no han tenido la suerte de encontrar a nadie que les predique la verdadera religión. Evidentemente el indio y el pagano no pueden ser tratados de la misma manera. De ahí que aparezca un factor religioso renovado. La idea de Cruzada empieza a difuminarse y es sustituida por la idea de evangelización. Evangelización que es un derecho y un deber de los cristianos cuando se encuentran con pueblos paganos. Un deber, porque Cristo dijo: «Id y predicad por todo el mundo...»; un derecho, porque la verdadera religión debe ser predicada y difundida por todas partes. De hecho, fue en 1315 cuando se estableció el primer obispado misionero en Canarias. Fue un fracaso, por falta de medios económicos y por falta de experiencia pastoral, pero a partir de 1403 aparece la evangelización de los habitantes del archipiélago como una tarea continua y desde 1434 una bula pontificia puntualiza el deber y el derecho de cristianizar a los paganos de Canarias y, por extensión, a cualquier pagano que se encuentre.

En definitiva, a partir de Ceuta y Canarias, portugueses y castellanos terminarán por convertir todo el Atlántico y sobre todo el Atlántico central, en una nueva frontera. Una nueva frontera donde hay incentivos económicos, misionales; estímulos políticos y donde encontramos a un personaje que realmente se adelanta a su tiempo y es sumamente significativo: el famoso príncipe portugués don Enrique el Navegante. Una mezcla de noble (porque es hijo de reyes, hermano de reyes) y al mismo tiempo de hombre de empresa; un gran organizador, el primer gran africanista europeo que dirige una

serie de actividades exploradoras y comerciales en la costa occidental de África y que en pocos años, entre 1434 y 1470, se las ingenió para que todas estas actividades exploradoras y comerciales fueran muy remuneradoras y quedaran afirmadas y convertidas en tarea nacional portuguesa. De manera que hay en potencia en don Enrique el Navegante un gran empresario moderno, eso que hoy se llama capitán de empresa, un Ford del siglo xv, porque realmente no menos innovador fue este hombre.

Toda esta experiencia es la que los castellanos llevan a América y los portugueses a Oriente con otras características y en otro marco difícilmente comparable. En este sentido esta frontera no es nueva, esta frontera es una rigurosa continuidad de la frontera medieval. Una nueva frontera que se ocupa con el mismo espíritu, con las mismas aptitudes, con las mismas instituciones y con los mismos propósitos con que se ocupó la frontera medieval.

Piensen, por ejemplo, en lo que Colón organiza apenas regresa de su primer viaje. Lleva en el segundo viaje (1493) una serie de gente y allí intenta crear, con otro nombre, una «feitoría» portuguesa. Esos establecimientos que en la costa atlántica de África habían creado los portugueses, que eran una mezcla de puerto, almacén, fortín y mercado donde llevaban periódicamente sus barcos. Lo hacen a la «feitoría» de Arguim desde 1445; San Juan de Mina es posterior. Llevan mercancías portuguesas y esperan que acudan comerciantes locales que las cambien por mercancías locales; la más apreciada es el oro procedente de la región del Alto Volta. Un tráfico que tiene muy pocas diferencias con el que ya hicieron en sus días los fenicios en la frontera del Mediterráneo occidental cuando el mundo civilizado conocido se terminaba en Sicilia e Italia. Colón trata de organizar allí una factoría al estilo portugués, al estilo fenicio. Es lo que hace durante unos cuantos años, hasta que los castellanos que están allí le dicen que eso ni les interesa, ni les importa y quieren otra cosa.

Durante muchos años, y a partir sobre todo de 1508, los castellanos organizan una serie de entradas, cabalgadas (después empezarán a llamarse conquistas), que son expediciones pequeñas y rápidas que se hacen por sorpresa a territorio de los nativos para correr la tierra y robar lo que hallaren. Están haciendo lo mismo que en las algaras, cabalgadas, correduras de la Edad Media; lo mismo que se hizo contra guanches y canarios en Canarias; lo mismo que se hizo contra africanos en el Norte de África desde la Ceuta portuguesa o desde Santa Cruz de Mar, pequeña fortaleza de la costa africana próxima a las Canarias, cuyo exacto emplazamiento todavía

se discute, y que servía de punto de partida para estas algaras o cabalgadas de robo hacia el interior. Pues bien, estas cabalgadas, casi siempre con el objeto de traer mano de obra a los lavaderos de oro de la isla Española, se hicieron durante muchos años, no sólo en el Caribe, sino después en toda América. Los castellanos llevaron con ellos en la retaguardia del grupo conquistador vacas, yeguas, caballos de repuesto y cerdos. Esto es esencial, porque es una despensa viva. En cuanto termina la conquista y se establecen, compran ganado y llevan toda la fauna doméstica europea a sus nuevos asentamientos y a sus nuevas ciudades. A los poquísimos años de la conquista, y en torno a las ciudades de los conquistadores, aparecen no sólo piaras de ganado, sino estancias que son centros de explotación ganadera extensiva, que en su organización fundamental recuerdan muchísimo a la ganadería trashumante castellana.

Estos hombres, en la nueva frontera, van a conquistar reinos como conquistaron reinos musulmanes en la península y, por supuesto y desde muy pronto, van a evangelizar a los paganos. Es una nueva versión de la Cruzada, es la evangelización. En definitiva, no hacen en América nada que no hayan hecho durante siglos en la península y lo que hacen sobre todo y ante todo es poblar. Desde 1503 los campamentos de emigrantes empiezan a llamarse ciudades y a estructurarse jurídicamente como municipios castellanos, con todo el boato y la gloria de la conquista militar. Existen descripciones de esas primeras ciudades españolas en América con las que realmente se queda uno sorprendido. En estas descripciones aparecen ciudades que arquitectónicamente son muy modestas, son pueblos pequeños, muchas veces contruidos a base de madera o de cualquier otro material de construcción local; a veces las casas son poco más que chozas. Estas descripciones incluyen referencias a huertos en esas ciudades. Allí se practica una horticultura intensiva en esos huertos urbanos, regados por agua que se trae a veces desde bastante lejos por medio de acequias e incluso de acueductos. Hablan de plantaciones de árboles frutales, hablan de cuadras y de los animales que tiene, de corrales donde vive el ganado dentro de la misma ciudad; hablan de viñedos, de olivares que empiezan a rendir fruto; de cultivos forrajeros para mantener el ganado, de cultivos industriales: lino, etc. Nos hablan, por supuesto, de piaras de ganado muy grandes, de molinos harineros, de molinos de pólvora, de hornos de cal, de tejares, de canteras, de plantas industriales; los primeros obrajes, los primeros talleres de tipo semiartesanal y, a veces, incluso casi industrial. Uno lee documentos similares a estas descripciones que se refieren a la Europa de los siglos xiv o xv y son descripciones bastante comparables.

Esta es, a mi juicio, la gran importancia de los conquistadores, no sólo su gesta, sino la vida que dejan creada, las ciudades que dejan fundadas, las economías que desarrollan. Aquí está la mentalidad del hombre medieval: plantar cosas que rindan cosechas, criar animales que den descendencia, crear vida donde encuentran un desierto o donde encuentran un mundo extraño y bastante incomprendible a sus ojos. Estas gentes se trasladan haciendo lo mismo que venían haciendo, con los mismos propósitos. Las economías americanas hasta 1535 son todas 100 por 100 medievales. Su objetivo, la autosuficiencia: que cada ciudad o pequeño municipio aislado tenga de todo y a precios lo más bajos posibles. La autosuficiencia, la baratura son los grandes ideales económicos de la Edad Media y eso es lo que los conquistadores hacen allí.

La conquista en este aspecto es creación, es vida, es un mundo nuevo que surge casi por ensalmo, cierto que con el trabajo y colaboración de los indígenas, pero también con el esfuerzo de los españoles. Cuando Pedrarias Dávila, al frente de 2.000 hombres, llega a Panamá, tenemos allí a un noble castellano dirigiendo una empresa de conquista en la que figuran un buen número de veteranos de guerras europeas, y le está esperando Vasco Núñez de Balboa. Pedrarias Dávila llega con los pífanos, las cajas, los tambores y los lucidos atavíos de todos sus hombres, cuando Balboa está con una camisa de algodón, unos calzones y unas alpargatas subido en una tosca escalera ayudando a un grupo de indios a terminar un tejado de palma. Esta me parece una buena expresión de la nueva frontera. Con toda la imagen, que no niego jugase el conquistador arrogante, está el conquistador tipo Balboa, el creador de vida, el poblador. El protagonista de la nueva frontera tiene a Dios demasiado lejos, al Rey y lo que institucionalmente representa, allá en España, al otro lado del Atlántico, y allí está el conquistador en alpargatas, en camisa de algodón; sin pretensiones, trabajando, haciendo un techo, creando un hábitat.

Evidentemente esto no es toda la conquista. La conquista, junto a esta cara, tiene un envés. Un envés que es la gran tragedia de la conquista: la hecatombe de la población aborigen, que empieza muy pronto en tierras de la isla Española con enfermedades ocasionadas por la contaminación de suelos y aguas (1505), cuando los españoles agrupan a gran número de indígenas y los concentran en los lavaderos de oro para que extraigan las arenas auríferas. Estas contaminaciones provocan verdaderas epidemias de disentería, etc. Pero lo grave es cuando llegan las enfermedades infectocontagiosas del viejo mundo, que empiezan también muy pronto y que desde 1518 no sólo acompañan a los conquistadores y a los colonos, sino que los pre-

ceden. En realidad, todo el horror y la destrucción que se atribuyen a la conquista, me atrevería a decir que en un 95 por 100, por lo menos, son el horror y destrucción que corresponde al aspecto microbiano que esta revolución ecológica que en América supone la llegada de los europeos. Hay algo que está muy claro en las fuentes y que, sin embargo, es falso: los indios mueren por la crueldad con que los españoles les tratan en los años iniciales de las Antillas. No es verdad. Lo ven como verdad los españoles, porque no tienen a qué atribuirlo y la única cosa que se les ocurre para justificar esta terrible mortandad es decir que los españoles les obligan a trabajar, se portan cruelmente, etc. No. El verdugo de la conquista no es el conquistador. El verdugo de la conquista es el microbio patógeno de enfermedades infectocontagiosas del viejo mundo, para las cuales los aborígenes de América no tienen ni defensas ni anticuerpos y por tanto son enfermedades que provocan en ellos unas tremendas mortandades. Estas enfermedades hicieron un impacto enorme en la nueva frontera, porque indios y españoles no pudieron atribuirles en lo fundamental más que a una cosa: la epidemia es un terrible castigo divino, y éste es el centro de todo lo que la conquista tiene como tragedia, el castigo divino que se ceba en los inocentes, en quienes no son conscientes ni tienen idea de qué culpa es castigada por aquella terrible enfermedad. Además un castigo que es discriminatorio, porque hace poco daño a los europeos, que son los invasores, los conquistadores, los opresores y, en cambio, hace un daño feroz a los vencidos, a los oprimidos, a los sometidos.

Hay textos, verdaderamente atroces, de algunos misioneros de los primeros tiempos tratando de explicarse este castigo divino de las epidemias en los indios dentro del plan general de la Providencia y de la justicia de Dios: «... Aquel hombre está loco...; ¿qué ha podido hacer esta gente para merecer este castigo... y cómo unos españoles codiciosos, ocasionalmente crueles, padecen este castigo de una manera más llevadera y muchas veces se libran de él?» Creo que este factor no se ha tenido en cuenta en la historia de América más que en términos estadísticos: de tantos millones a tantos millones se reduce la población, la hecatombe, etc. ¿Cuál es la huella psicológica de esta hecatombe? ¿Cuál es el impacto futuro de esta tragedia? ¿No se han sorprendido ustedes de con qué facilidad se hacen obedecer encomenderos y gobernadores, clérigos y misioneros de los indios? ¿No les ha llamado la atención una descripción que se hace cada vez más frecuente de los indios como taciturnos, pasivos, holgazanes, callados? Es el impacto psicológico de esta brutal manifestación de algo que no puede ser más que justicia divina y que, sin embargo, se ceba claramente en inocentes.